

## **Las relaciones peligrosas**

# Las relaciones peligrosas

CHODERLOS DE LACLOS

ILUSTRACIONES DE ALEJANDRA ACOSTA

TRADUCCIÓN DE DAVID M. COPÉ



**sextopiso**

Todos los derechos reservados.  
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,  
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original  
*Les Liaisons dangereuses*

Primera edición: 2016

Ilustraciones

© ALEJANDRA ACOSTA

Traducción

© DAVID M. COPÉ

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2016

París 35-A

Colonia del Carmen, Coyoacán

04100, México D. F., México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.

Calle Los Madrazo, 24, semisótano izquierda

28014, Madrid, España

[www.sextopiso.com](http://www.sextopiso.com)

Diseño

ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Impresión

GRACEL ASOCIADOS

ISBN: 978-84-16358-00-7

Depósito legal: M-38680-2015

Impreso en España

## ÍNDICE

Aviso del editor	17
Prefacio del redactor	19
Primera parte	23
Segunda parte	133
Tercera parte	235
Cuarta parte	329

LAS RELACIONES PELIGROSAS  
O  
CARTAS  
RECOPILADAS EN UN CÍRCULO SOCIAL  
Y PUBLICADAS  
PARA LA INSTRUCCIÓN DE ALGUNOS OTROS  
POR  
EL SEÑOR C. DE L...

«He visto las costumbres de mi tiempo y  
he publicado estas cartas».

J.-J. ROUSSEAU, Prefacio de *La nueva Eloísa*



## PRIMERA PARTE

## CARTA 1

CÉCILE VOLANGES A SOPHIE CARNAY  
en el convento de las ursulinas de...

Ya ves, mi buena amiga, que cumplo mi palabra y que los tocados y los pompones no ocupan todo mi tiempo; siempre me quedará un poco para ti. Y sin embargo, he visto más adornos en el día de hoy que durante los cuatro años que hemos pasado juntas; y creo que la soberbia Tanville\* pasará un peor rato con mi primera visita, que tengo toda la intención de solicitarle, que el que ella piensa que nos ha hecho sufrir a nosotras cada vez que ha venido a vernos *in fiocchi*.\*\* Mamá me ha consultado acerca de todo, me trata menos como a una interna que antes. Tengo una doncella a mi servicio, una habitación y dispongo de un gabinete, y te escribo en un secreter realmente bonito, del que me han entregado la llave y en el que puedo guardar lo que desee. Mamá me ha dicho que podré verla cada día, cuando se levante; que bastará con que esté peinada para comer, pues estaremos a solas en todo momento, y que entonces me dirá a qué hora debo reunirme con ella después del mediodía. El resto del tiempo queda a mi entera disposición: tengo mi arpa, mi dibujo y mis libros, como en el convento, con la diferencia de que la madre Perpétue no está allí para regañarme y puedo permanecer ociosa si así me apetece, pero como no tengo a mi Sophie para conversar y reír con ella, procuro mantenerme ocupada.

Aún no son las cinco; no tengo que ir con mi madre hasta las siete; ¡cuánto tiempo para mí, si tuviera algo que contarte! Pero no me han dicho nada todavía; y si no fuera por todos los preparativos que veo ni por todas las oficialas que me visitan, creería que nadie piensa casarme, y que se trata de un desvarío más de la buena de Joséphine.\*\*\* Sin embargo, mamá a menudo me ha dicho que una dama debe permanecer

\* Interna en el mismo convento.

\*\* Expresión italiana que significa ir muy arreglada. [N. del T.]

\*\*\* Tornera del convento.





en el convento hasta que se case, así que, como ella me hace salir ahora, Joséphine debe de estar en lo cierto a la fuerza.

Una carroza acaba de detenerse en la puerta, y mamá ha enviado a decirme que debo pasar a su cuarto inmediatamente. ¿Y si fuera aquel caballero? No estoy vestida, la mano me tiembla y me palpita el corazón. Le he preguntado a la doncella si ella sabía quién estaba con mi madre. «Seguramente se trate del señor M. C.», me ha dicho. Y reía. ¡Oh, creo que es él! Volveré para contarte lo que pase. Ahí está, siempre su nombre. No puedo hacerlo esperar más. Adiós, regresaré después.

¡Cómo vas a burlarte de la pobre Cécile! ¡Oh, cuánta vergüenza he pasado! Pero tú habrías caído igual que yo. Cuando he entrado en el cuarto de mi madre, he visto, de pie a su lado, a un hombre de negro. Lo he saludado lo mejor que he podido, y después me he quedado en mi sitio, incapaz de moverme. ¡Ya puedes suponer cuánto lo he examinado! «Señora», le ha dicho a mi madre al saludarme, «he aquí una encantadora damisela, y aprecio más que nunca vuestra amabilidad». Ante unas palabras tan positivas, he sido presa de tales temblores que me resultaba del todo imposible tenerme en pie; he visto un sillón y me he sentado en él, completamente ruborizada y desconcertada. Nada más sentarme, he visto a ese hombre a mis pies. Entonces tu pobre Cécile ha perdido la cabeza; estaba, como ha dicho mamá, completamente asustada. Me he levantado dejando escapar un grito agudo... justo como aquel día del trueno. Mamá ha soltado una carcajada, y me ha dicho: «Y bien, ¿qué es lo que os pasa? Sentaos y dadle el pie al caballero». En efecto, mi querida amiga, aquel hombre era un zapatero. No puedo explicarte la vergüenza que he pasado: afortunadamente sólo estaba allí mi madre. Creo que cuando esté casada no requeriré los servicios de ese zapatero.

¡Convendrás conmigo en que somos muy sabias! Adiós. Son cerca de las seis y mi doncella me dice que debo vestirme. Adiós, mi amada Sophie, te quiero como si aún estuviera en el convento.

P. S. No sé a través de quién hacerte llegar mi carta, así que esperaré a que llegue Joséphine.

París, 3 de agosto de 17\*\*

## CARTA 2

LA MARQUESA DE MERTEUIL

AL VIZCONDE DE VALMONT

en el *château* de...

Volved, mi querido vizconde, volved: ¿qué hacéis, qué es lo que podéis hacer en casa de una anciana tía que os ha convertido en el heredero de todos sus bienes? Partid de inmediato: tengo necesidad de vos. Se me ha ocurrido una excelente idea y deseo confiaros su ejecución. Estas pocas palabras deberían de bastar, y, profundamente honrado al veros como mi elegido, deberíais acudir, a toda prisa, a recibir mis órdenes de rodillas; pero abusáis de mi amabilidad, incluso aunque ya no os sirváis de ella y, ante la alternativa de un odio eterno o de una excesiva indulgencia, para fortuna vuestra es mi bondad la que se impone. Quiero informaros de mis proyectos: pero juradme que, cual fiel caballero, no partiréis en busca de ninguna otra aventura hasta que no hayáis consumado ésta. Es digna de todo un héroe: serviréis al amor y a la venganza, y será finalmente una hazaña más que podréis incluir en vuestras Memorias, pues quiero que un día se impriman, y yo misma me encargaré de escribirlas. Pero dejemos eso por el momento y volvamos a aquello que nos ocupa.

La señora de Volanges casa a su hija: es todavía un secreto, pero ayer me lo confió. ¿Y a quién creéis que ha escogido como yerno? Al conde de Gercourt. ¿Quién habría de decirme que me convertiría en la prima de Gercourt? ¡Estoy furiosa! ¿Y bien? ¿Es que aún no lo adivináis? ¡Ah, qué entendimiento tan torpe el vuestro! ¿Acaso le habéis perdonado ya la aventura con la intendenta? ¿Y no tengo yo más motivos aún para quejarme de él, monstruo?\* Pero ya me sereno, la expectativa de vengarme calma mi espíritu.

Cientos de veces os ha fastidiado, como a mí, la importancia que otorga Gercourt a la mujer con la que se casará y la necia presunción de creer que sabrá sortear un destino inevitable. Ya conocéis sus ridículas preferencias por las educaciones enclaustradas, y su inclinación,

\* Para comprender este pasaje es preciso saber que el conde de Gercourt había abandonado a la marquesa de Merteuil por la intendenta de \*\*\*, quien a su vez había sacrificado al vizconde de Valmont por aquél, y que fue entonces cuando la marquesa y el vizconde se acercaron el uno al otro. Como dicha aventura es bastante anterior a los hechos que se tratan en estas cartas, hemos considerado necesario suprimir toda la correspondencia.

más ridícula si cabe, a la hora de favorecer el recato de las rubias. En efecto, apostaría que, a pesar de las más de sesenta mil libras de renta de la pequeña Volanges, él jamás habría accedido a casarse con ella si hubiera sido morena, o si no estuviera en un convento. Probémosle pues que es un estúpido: un día lo será, sin duda, no es eso lo que me preocupa, pero me placería que lo fuera desde el principio. ¡Cuánto nos divertiríamos al día siguiente al oír cómo se jacta! Pues se jactará; y si pudierais instruir, aunque fuera una sola vez, a esa jovencita, sería un gran infortunio si el susodicho Gercourt no acaba por convertirse, como cualquier otro, en el hazmerreír de todo París.

Por lo demás, la heroína de esta nueva novela merece toda vuestra atención: es ciertamente hermosa, no tiene más de quince años, una rosa aún por abrirse; torpe como ninguna, en honor a la verdad, y sin maneras, pero a los hombres no os arredra ese tipo de cosas; posee, sin embargo, cierta languidez en la mirada que promete mucho; añadid a ello que yo os la recomiendo: no tenéis más que agradecerme y obedecerme.

Recibiréis esta carta mañana por la mañana. Exijo que mañana a las siete de la tarde os presentéis en mi casa. No recibiré a nadie hasta las ocho, ni siquiera al caballero imperante: no tiene la cabeza necesaria para un asunto tan grande como éste. Podéis comprobar que el amor no me ciega. A las ocho de la tarde os devolveré vuestra libertad, y regresaréis a las diez para cenar con el bello objeto, pues madre e hija cenarán en mi casa. Adiós. Ya pasó el mediodía y dejo de ocuparme de vos.

París, 4 de agosto de 17\*\*

### CARTA 3

CÉCILE VOLANGES

A SOPHIE CARNAY

Aún no sé nada, mi querida amiga. Mamá tenía ayer mucha gente a cenar. A pesar del interés que tenía en observar, sobre todo a los hombres, me aburrí bastante. Hombres y mujeres, todo el mundo me miraba sin cesar, y después se susurraban al oído. Veía que hablaban de mí, y no podía evitar ruborizarme, aunque es lo que hubiera querido,

pues noté que cuando miraban a las otras mujeres ellas no se sonrojaban, o puede que sea por el colorete que utilizan, que impide que se vea el rubor que les provoca su turbación, pues debe de ser muy difícil no ponerse colorada cuando un hombre te mira fijamente.

Lo que más me inquietaba era no saber qué pensaban de mí. Sin embargo, creo haber oído dos o tres veces la palabra «hermosa», pero también pude oír, con la misma claridad, «torpe»; y sin duda debe de ser cierto, porque la mujer que lo dijo era pariente y amiga de mi madre; incluso pareció haber trabado amistad conmigo al instante. Es la única persona con quien conversé un poco durante toda la velada. Mañana cenaremos en su casa.

Después de la cena, aún pude oír a un hombre que, estoy segura, hablaba de mí, y le decía a otro: «Hay que dejar que madure. Este invierno veremos». Quizá sea él con quien me caso, ¡pero entonces no sería sino dentro de cuatro meses! Cuánto me gustaría saberlo.

Ya llegó Joséphine, y me dice que tiene prisa. Sin embargo, quiero contarte una de mis «torpezas». ¡Oh! ¡Me parece que esa dama está en lo cierto!

Tras la cena, nos pusimos a jugar. Me coloqué al lado de mamá. No sé cómo pudo suceder, pero me quedé dormida casi al instante. Me despertaron unas sonoras carcajadas. Ignoro si se reían de mí, pero así me lo parece. Mamá me dio permiso para retirarme, lo cual le agradecí mucho. Figúrate, eran las once pasadas. Adiós, mi querida Sophie; quiere siempre bien a tu Cécile. Te aseguro que el mundo no es tan divertido como imaginábamos.

París, 4 de agosto de 17\*\*

CARTA 4  
EL VIZCONDE DE VALMONT  
A LA MARQUESA DE MERTEUIL  
en París

Vuestras órdenes son encantadoras; y vuestra manera de darlas me agrada aún más: haríais amar el despotismo. Como bien sabéis, no es la primera

vez que me arrepiento de no ser ya vuestro esclavo; y aunque digáis que soy un verdadero *monstruo*, siempre recuerdo con placer los tiempos en los que me honrabais con nombres más tiernos. A menudo deseo volver a merecerlos y acabar ofreciendo, a vuestro lado, un ejemplo de constancia al mundo. Pero intereses más importantes nos reclaman: conquistar es nuestro destino, y es preciso seguirlo; quizá al final del camino aún podamos reencontrarnos, pues, todo sea dicho sin ánimo de ofenderos, mi queridísima marquesa, me seguís, como mínimo, con un paso parejo al mío; y desde que nos separamos para dicha del mundo y predicamos la fe cada uno por su lado, me parece que en esta misión amorosa habéis ganado más adeptos que yo. Conozco vuestro celo, vuestro ardiente fervor, y, si el Señor nos juzgara por nuestras obras, vos seríais algún día la patrona de una gran ciudad, mientras que vuestro amigo no sería, a lo sumo, más que un santo de pueblo. Esta manera de hablar os sorprende, ¿no es cierto? Pero desde hace ocho días no oigo ni hablo ningún otro lenguaje. Y puesto que debo perfeccionarme, me veo obligado a desobedeceros.

No os enojéis y atended. Como depositaria de todos los secretos de mi corazón, voy a confiaros el mayor proyecto que jamás haya concebido. ¿Qué es lo que vos me proponéis? Seducir a una jovencita que no ha visto nada, que no sabe nada, que, por así decir, se entregaría sin resistirse, que se embriagará al primer homenaje, y a quien la curiosidad arrastrará quizá más rápido que el amor. Otros veinte podrían lograrlo igual que yo. No sucede lo mismo con la empresa que me he propuesto; su éxito me asegurará gloria y placer por igual. El amor, que prepara mi corona, duda él mismo entre el mirto y el laurel; o mejor dicho: los reunirá para honrar mi triunfo. Vos misma, mi querida amiga, os veréis embargada por un santo respeto y diréis con entusiasmo: *Es el hombre conforme a mi corazón.*\*

Conocéis a la presidenta de Tourvel, su devoción, su amor conyugal, sus principios austeros. Ella es a quien ataco; ahí tenéis a un enemigo digno de mí; ése es el objetivo que pretendo conquistar:

*Y si no puedo obtener el premio anhelado,  
Al menos tendré el honor de haberlo intentado.*

\* «Y quitado éste, les levantó por rey a David, del cual dio también testimonio, diciendo: "He hallado a David, hijo de Isaí, *un hombre conforme a mi corazón*, que hará toda mi voluntad"», Hechos 13, 12. [N. del T.]

Pueden citarse malos versos cuando éstos pertenecen a un gran poeta. \*

Sabréis que el presidente se halla en Borgoña, debido a un juicio importante (espero hacerle perder uno aún más significativo). Su inconsolable mitad debe pasar aquí todo el tiempo de esa penosa viudedad. Una misa diaria, alguna visita a los pobres del cantón, plegarias día y noche, paseos solitarios, piadosas entrevistas con mi anciana tía, y de vez en cuando un triste *whist* debían de ser sus únicas distracciones. Yo le preparo otras más eficaces. Mi buen ángel me ha traído hasta aquí, para su dicha y para la mía. ¡Insensato! Y yo que lamentaba perder veinticuatro horas por mi obligación de cumplir con los compromisos habituales. ¡Qué duro castigo sería tener que volver a París en este momento! Por fortuna se precisan cuatro personas para jugar al *whist*, y como aquí sólo estaba el cura del lugar, mi eterna tía me ha rogado que le sacrifique algunos días. Acepté, como podréis imaginar. No podéis haceros una idea de cuánto me mima desde entonces, de cuánto la complace verme asistir regularmente a sus plegarias y a su misa. No sospecha la divinidad a la que adoro.

Aquí me tenéis, entregado desde hace cuatro días a una gran pasión. Sabéis con qué intensidad soy capaz de desear, los obstáculos que devoro, pero ignoráis cuánto añade la soledad al ardor del deseo. Una única idea me posee; pienso en ella de día, sueño con ella por la noche. Tengo una necesidad absoluta de conseguir a esa mujer para evitar el ridículo de enamorarme, pues ¿adónde lleva si no un deseo contrariado? ¡Oh, delicioso goce! Te lo imploro, por mi felicidad y ante todo por mi reposo. ¡Qué afortunados somos de que las mujeres se defiendan tan mal! A su lado no seríamos sino tímidos esclavos. En este preciso instante sólo puedo profesar un sentimiento de gratitud por las mujeres fáciles, que me lleva naturalmente a vuestros pies. Me arrodillo para obtener el perdón y termino esta larguísima carta. Adiós, mi bella amiga: sin rencor.

Del *château* de..., 5 de agosto de 17\*\*

\* La Fontaine.